

The background of the cover is a dark blue, textured illustration of a forest at night. Tall, dark evergreen trees frame the central text. In the distance, a calm lake reflects the light of a full moon and several stars in the dark sky. The overall mood is serene and mysterious.

**Liz  
Moore**

El dios  
de los  
bosques

**AdN**

**Liz Moore**

El dios de  
los bosques

Traducido del inglés por Javier Calvo

**AdN**

Título original: *The God of the Woods*

Diseño de colección: SUMMA Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Liz Moore Inc., 2024

Esta edición se ha publicado mediante un acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S. L. y The Gernert Company

© de la traducción: Javier Calvo, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-10138-54-4

Depósito legal: M. 13.218-2024

*Para mi hermana Rebecca, que también conoce este bosque*



Muchos excursionistas, cuando  
llegan a estos bosques, no son  
conscientes del peligro que les dicen  
que los amenazará si se aventuran a  
solas para disfrutar de su pasatiempo  
favorito. Pero que no les quepa duda  
de que la realidad de ese peligro es  
incuestionable: el peligro de perderse.  
¡Es lo único que hay que temer en los  
bosques de Adirondack!

«Lost in the Adirondacks: Warning  
to Visitors to the North Woods;  
What Not to Do When You Lose  
Your Way and How Not to Lose It»,  
*The New York Times*,  
16 de marzo de 1890

Qué deprisa, pensé, la belleza  
y el peligro podían sucederse en  
la espesura; cada uno de ellos  
formaba parte del otro.

*Woodswoman*,  
ANNE LABASTILLE



I  
BARBARA





# LOUISE

---

*Agosto de 1975*

La cama está vacía.

Louise, la monitora —veintitrés años, paticorta, voz ronca, risueña—, está descalza en el suelo de tablones ásperos y cálidos de la cabaña Abeto, intentando asimilar la ausencia de ocupante de la litera de abajo más cercana a la puerta. Más adelante, los diez segundos transcurridos entre visión e inferencia le servirán como prueba de que el tiempo es una construcción humana, de que se puede ralentizar o acelerar en presencia de emociones o de sustancias químicas en la sangre.

La cama está vacía.

La única linterna de la cabaña —cuya ausencia indica, incluso a plena luz del día, que alguna de sus ocupantes se ha ido a la letrina— está en su sitio, en un estante junto a la puerta.

Louise gira en redondo lentamente, poniendo nombre a las chicas a las que ve.

Melissa. Melissa. Jennifer. Michelle. Amy. Caroline. Tracy. Kim.

Ocho campistas. Nueve camas. Las cuenta una y otra vez.

Por fin, cuando ya no lo puede seguir postergando, deja que emerja a la superficie el nombre que falta: *Barbara*.

La cama vacía es la de Bárbara.

Cierra los ojos. Se imagina a sí misma regresando durante el resto de su vida a este lugar y este momento: una viajera temporal

solitaria, un fantasma, rondando la cabaña Abeto, intentando a fuerza de voluntad que aparezca un cuerpo donde no lo hay. Invocando a esa chica, Barbara, para que entre por la puerta y diga que estaba en el lavabo, que se ha olvidado de la norma de llevarse la linterna, disculpándose de forma encantadora, como ha hecho otras veces.

Pero Louise sabe que no va a hacer nada de eso. Siente, por razones que es incapaz de explicar del todo, que la chica ya no está.

De todas las campistas, piensa Louise, de todas ellas tenía que desaparecer Barbara.

A las 6:25, Louise atraviesa una cortina para entrar en el espacio que comparte con Annabel, la monitora en prácticas. Annabel Southworth tiene diecisiete años, hace ballet y es de Chevy Chase, en Maryland. Está más cerca por edad a las campistas que a ella, pero anda con la espalda muy recta, carga de ironía sus palabras y en general se esfuerza por asegurarse de que todo el mundo reconozca la fina línea que separa los trece de los diecisiete: una línea que se manifiesta en la partición de madera contrachapada que divide la sección principal de la cabaña del rincón de las monitoras.

Louise la zarandea para despertarla. Annabel la mira con los ojos entrecerrados. Se los protege teatralmente con el interior del codo. Y regresa a su letargo.

Louise empieza a ser consciente de algo: del olor a cerveza metabolizada. Había dado por sentado que emanaba de su propio cuerpo: de su piel y su boca. Es cierto que bebió lo suficiente anoche como para sentir los efectos esta mañana. Pero ahora, de pie junto a Annabel, se pregunta si, de hecho, el olor en el cuarto no procede en realidad del lado de Annabel.

Y eso la preocupa.

—Annabel —susurra Louise. De pronto reconoce en su propio tono de voz el que usa su madre. Y en cierto modo se siente como ella (una madre mala e irresponsable) en su forma de dirigirse a la chica.

Annabel abre los ojos. Se incorpora hasta sentarse y hace una mueca de dolor inmediata. Se encuentra con la mirada de Louise, abre mucho los ojos y se queda muy pálida.

—Voy a vomitar —dice en voz demasiado alta. Louise le chista y agarra el primer recipiente que encuentra, que resulta ser una bolsa vacía de patatas fritas que hay en el suelo.

Annabel se la quita de las manos. Tiene una arcada. Luego levanta la cabeza, jadeando, gimiendo por lo bajo.

—Annabel, ¿tienes resaca? —pregunta Louise.

Annabel dice que no con la cabeza. Asustada.

—Creo que... —dice, y Louise le vuelve a chistar, sentándose esta vez en la cama de la chica, contando mentalmente hasta cinco, igual que lleva haciendo desde que era pequeña. Cuando se entrenaba para no reaccionar.

A Annabel le tiembla la barbilla.

—Creo que comí algo en mal estado —susurra.

—¿Saliste anoche? —dice Louise—. Annabel.

Annabel se la queda mirando. Calculando.

—Es importante —insiste Louise.

Suele ser tolerante con sus monitoras en prácticas. Tiene experiencia a la hora de orientarlas por sus primeras resacas. No le importa que se pasen un poco en sus noches libres. Como jefa de monitoras de este año, por lo general hace la vista gorda con las conductas que le parecen inofensivas. Ella misma las comparte cuando lo considera oportuno. Pero, por lo demás, mantiene la disciplina; este mismo verano, a la primera monitora que no se despertó cuando debía después de una noche de juerga le prohibió asistir a las siguientes fiestas, y parece que la medida ha servido de ejemplo, porque nadie más ha vuelto a cometer la misma equivocación.

Hasta ahora. Porque anoche, mientras Louise salía, le tocaba estar de guardia a Annabel. Y parece ser que no estaba.

Louise cierra los ojos. Repasa los acontecimientos de la noche anterior.

Hubo un baile en la sala de eventos: el baile del final de las colonias, obligatorio para todas las campistas, monitoras y monitoras en prácticas. Recuerda que en un momento dado se fijó en que Annabel parecía estar ausente —o, por lo menos, no la vio por ninguna parte—, pero Louise sabe a ciencia cierta que ya había vuelto hacia el final del baile.

Porque a las once de la noche, cuando hizo un recuento rápido, Annabel estaba allí junto con nueve campistas —sí, nueve—, que se despidieron cariñosamente de Louise con la mano al darle las buenas noches. Recuerda haberlas visto alejándose, caminando en grupitos en dirección a Abeto.

Fue la última vez que las vio. Y, como estaba segura de que Annabel se haría cargo de ellas, se fue por su cuenta.

Luego intenta visualizar las camas de las campistas cuando entró de puntillas en la cabaña al final de la noche, mucho después del toque de queda. Debían de ser quizás las dos de la madrugada. ¿O las tres? Las imágenes vuelven a ella fragmentadas: la boca abierta de Melissa R., el brazo de Amy colgando hacia el suelo. Pero Barbara no está presente en ninguno de estos recuerdos. Ni tampoco su ausencia.

En su lugar se impone un recuerdo distinto: John Paul, en el Claro, lanzando puñetazos, primero hacia ella y después hacia Lee Towson. John Paul y su técnica de niño rico para pelear, blandiendo los puños como si estuviera entrando en un *ring* de boxeo. Y Lee, salvaje y pendenciero, con el delantal de servir la cena todavía puesto. Tumbó a John Paul en un momento y lo dejó en el suelo, pestañeando con expresión ausente hacia las ramas que tenía encima.

Hoy habrá problemas. Siempre los hay cuando John Paul cree que Louise está tonteando con otros.

Pero que conste en acta: no estaba tonteando, al menos esta vez.

Annabel se incorpora para coger aire. Se tapa los ojos con la mano.

—¿Sabes dónde está Barbara? —pregunta Louise. Yendo al grano. No hay mucho tiempo: las chicas del otro cuarto no tardarán en despertarse.

Annabel parece confundida.

—Van Laar —indica Louise, y lo repite una vez más bajando la voz—. Nuestra campista.

—No —dice Annabel, que se vuelve a desplomar en la cama.

Es entonces, claro, cuando suena el toque de diana en los altavoces que hay instalados en los árboles por todo el centro de colonias; lo cual significa que, al otro lado de la partición de contrachapado, ocho chicas de doce y trece años se estarán despertando a regañadientes, emitiendo gruñidos, exhalaciones y suspiros, apoyándose en los codos.

Louise se pone a caminar de un lado a otro.

Ahora Annabel, todavía horizontal, la mira, empezando a entender el problema.

—Annabel —dice Louise—, tienes que decirme la verdad. ¿Volviste a salir anoche? ¿Después de que las campistas se acostaran?

Annabel parece contener la respiración. Luego suelta el aire. Asiente con la cabeza. Louise ve que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Sí —dice. Tiene un temblor infantil en la voz. Casi nunca se ha metido en líos en su vida, de eso está segura. Es una persona a quien le han insistido desde que nació en lo valiosa que es para el mundo. En el hecho de que hace feliz a otra gente. Ahora rompe a llorar abiertamente y Louise se controla para no poner los ojos en blanco. ¿Qué tiene Annabel que temer? Ella no se juega nada. Tiene diecisiete años. Lo peor que le puede pasar es que la despidan y la manden colina arriba con sus padres ricos, que, de hecho, son amigos de los dueños del centro de colonias y ahora mismo están invitados en la casa que tienen en los mismos terrenos. Pero lo peor que le puede pasar a ella, que es *adulta*, piensa mientras se fustiga a sí misma; lo peor que le puede pasar es... En fin. No te adelantes demasiado a los hechos, se dice a sí misma. Cíñete al presente.

Louise camina hasta la cortina. La retira un poco. Cuando lo hace, se encuentra con la mirada de Tracy, la compañera de litera de Barbara, una chica callada que ahora se detiene a medio bajar la escalerilla; parece haber descubierto el problema.

Ella suelta la cortina.

—¿Ha desaparecido? —pregunta Annabel. Louise le vuelve a chistar.

—No digas *desaparecido* —dice ella—. Di que no está en su litera.

Examina su cuartito en busca de indicios de lo que hicieron la noche anterior. Reúne todo lo que encuentra en una bolsa de basura de papel marrón: una botella vacía de cerveza que se bebió mientras volvía caminando del Claro, la colilla de un porro que se fumó en algún momento, la bolsa de patatas llena de vómito, que coge con dos dedos extendidos.

—¿Hay algo más que no quieras que encuentre nadie? —le pregunta a Annabel, que dice que no con la cabeza.

Louise cierra la bolsa de basura y la dobla para hacerla más pequeña.

—Escúchame —dice—. Quizás tengas que hacerte cargo de las campistas esta mañana. Todavía no estoy segura. Si se da el caso, tienes que deshacerte de esto. Mételo en el contenedor de camino al desayuno. Tiene que desaparecer. ¿Te encargas?

Annabel asiente con la cabeza, todavía mareada.

—De momento —prosigue—, quédate aquí. No salgas durante un rato. Y no... —Vacila, buscando palabras que suenen graves pero que no las incriminen. A fin de cuentas, está hablando con una niña—. No cuentes nada de lo que pasó anoche a nadie todavía. Déjame pensar en un par de cosas.

Annabel guarda silencio.

—¿De acuerdo? —dice Louise.

—De acuerdo.

Se vendrá abajo inmediatamente, piensa. Le contará sin pensarlo a cualquier figura de autoridad todo lo que pasó y todo lo que sabe. Llorará en el hombro de sus padres, que seguro que ni

siquiera entienden el poema cuyo nombre le pusieron a su hija y que la reconfortarán, y pronto reanudará sus clases de ballet y el año que viene su escuela privada la ayudará a entrar en el Vassar College o en el Radcliffe o en el Wellesley, y se casará con el chico que sus padres hayan elegido para ella —ya le ha confesado que tienen a uno en mente—, y nunca más volverá a pensar en Louise Donnadieu, ni en el destino que le espera, ni en los problemas que tendrá durante el resto de su vida para encontrar trabajo o casa, o para mantener a su madre, que lleva siete años sin poder o sin querer trabajar, y a su hermano pequeño, que con once años no ha hecho nada para merecer la vida que le ha tocado.

Delante de ella, Annabel sufre una arcada. Se recupera.

Louise pone los brazos en jarras. Respira. No vayas tan deprisa, se recuerda a sí misma.

Pone los hombros rectos. Retira la cortina. Empieza la tarea de fingir ignorancia y sorpresa ante este grupito de niñas que —se traga su vergüenza como si fuera una pastilla— la respetan, la admiran y acuden con frecuencia a ella en busca de consejo y protección.

Entra en la habitación de las chicas. Hace la farsa de examinar las camas. Frunce el ceño para aparentar confusión.

—¿Dónde está Barbara? —les dice en tono jovial.



# TRACY

## *Dos meses antes*

---

*Junio de 1975*

A las campistas les impartían tres reglas a su llegada.

La primera tenía que ver con la comida en las cabañas: cómo consumirla y guardarla (sin ensuciar; bien tapada).

La segunda atañía a nadar: una actividad que bajo ningún concepto debían practicar solas.

La tercera —y la más importante, a juzgar por el hecho de que aparecía en letreros en mayúsculas en varias ubicaciones comunitarias— era: SI TE PIERDES, SIÉNTATE Y GRITA.

Por entonces, a Tracy la advertencia casi le hizo gracia. Se la repetirían una vez más aquella noche, en torno a la fogata al aire libre, y les explicarían su razón de ser. Pero, tal como se la había presentado en aquel momento, de forma directa y escueta, un monitor alto que articulaba las palabras sin puntuación ni emoción, la expresión la hizo apartar la vista y tragarse una risa nerviosa. SI TE PIERDES, SIÉNTATE Y GRITA. Intentó imaginárselo: sentarse allí donde estuviera. Abrir la boca. Gritar. Se preguntó qué ruido saldría de ella. ¿Qué palabra o palabras? ¿«Socorro, auxilio»? ¿O, Dios no lo quisiera, «Encontradme, por favor»? Era demasiado embarazoso planteárselo.

Su padre le había pagado para que fuera a las colonias.

No había quedado otro remedio, después de una semana de negociaciones que había concluido con un fin de semana entero de

encierro voluntario en su habitación: dinero en metálico, cien dólares, el cincuenta por ciento del cual la estaría esperando a su regreso.

Lo que Tracy había querido hacer aquel verano era simple: pasarse el día en la sala de estar de la casa victoriana de Saratoga Springs que su familia llevaba una década alquilando todos los años durante la temporada de las carreras. Bajar a medias las persianas y entreabrir las ventanas, orientar todos los ventiladores de la casa hacia ella y tumbarse en el sofá, levantándose solo para prepararse aperitivos muy elaborados. Y leer: eso era lo principal.

Aquella había sido su rutina durante cinco veranos seguidos. Y había confiado en que el verano de 1975 no sería distinto.

Pero su padre —que llevaba menos de un año divorciado de su madre— se había echado novia y, acto seguido, había alquilado una casa más elegante y había llegado a la conclusión de que Tracy no debería pasarse el verano entero tirada sin hacer nada. O por lo menos eso era lo que le había dicho durante el trayecto en coche a mediados de junio desde la casa de su madre en Long Island. (No pudo evitar fijarse en que su padre había esperado hasta que ya estaban a más de medio camino de Saratoga para revelar el plan.) La razón verdadera, pensaba, era que quería deshacerse de ella durante un par de meses para que la mencionada novia y él tuvieran la casa para ellos solos, sin la molestia de una niña huera de doce años. ¿Por qué se había peleado para tener su custodia todo el verano, se preguntaba Tracy, si luego se iba a limitar a mandarla de colonias?

Ni siquiera se había molestado en dejarla él en Camp Emerson. Lo que había hecho era delegar la tarea en Donna Romano, la novia, a quien ella todavía llamaba por su nombre y su apellido.

—Ese día hay carreras —le dijo su padre cuando lo acorraló en el pasillo y le suplicó que la llevara—. Tengo que ir a Belmont. Second Thought corre a las dos.

Era hijo de un jockey, pero había crecido demasiado para seguir sus pasos. De manera que se había hecho preparador de caballos, después entrenador y por fin dueño, cambiando las circunstancias de su vida con cada nuevo trabajo. Cuando Tracy nació, los tres vivían en una autocaravana frente a la casa de su abuela materna. Ahora vivían en una casa grande y nueva con cancela plateada en Hempstead, Nueva York. Bueno, por lo menos ella y su madre.

—¿Pero de qué vamos a *hablar*? —le preguntó en tono imperioso, pero su padre se limitó a negar con la cabeza y le puso las manos sobre los hombros con gesto de súplica. De pronto Tracy se dio cuenta de que era tan alta como él, que su propio padre. Acababa de dar un estirón que la había dejado en casi metro ochenta y que la hacía encorvarse pronunciadamente cuando no se estaba moviendo.

—Se supone que son unas colonias de primera categoría. O sea, superpijas —le dijo su padre, las mismas dos expresiones descriptivas que había usado al darle la noticia—. Seguro que te termina encantando.

Tracy se giró hacia una ventana. Al otro lado vio a Donna Romano recolocándose el sujetador y examinando su reflejo en la ventanilla del coche. Era un Stutz Blackhawk nuevo con moqueta mullida en el suelo y un motor cuyo estruendo le recordaba a la voz de su padre. «De gama alta», le había dicho este cuando la había recogido en Hempstead. A Tracy le daba la sensación de que todo era nuevo en la vida de su progenitor. La casa de veraneo, la novia, el cachorro de pequinés y el coche. Tracy era lo único antiguo que quedaba en su entorno, y también se estaba deshaciendo de ella.

Resultó que Donna Romano era una fumadora empedernida. Y entre calada y calada se dedicaba a hacerle preguntas sobre su vida que estaba claro que había ido recopilando de cara a aquel viaje. Cuando no estaba ocupada contestándolas, ella le echaba miradas furtivas. Era extremadamente guapa. Por norma general,

aquello se habría ganado a Tracy. Le encantaban las mujeres guapas. Le encantaban las chicas más populares de su instituto, aunque habría sido más exacto decir que las reverenciaba, dado que en realidad las odiaba bastante. Pese a todo, la fascinaban, quizás porque en lo relativo al físico eran lo contrario de ella y, por tanto, parecían de alguna forma especímenes que deseaba examinar con detenimiento bajo un microscopio. Mientras que la mayoría de sus compañeras de clase tenían el pelo largo y lacio, con raya en el medio, el de Tracy era voluminoso, rojo e indomable. Mientras que las pecas de algunas eran delicadas, las suyas eran tan marcadas que un grupo de chicos de sexto curso le habían puesto el apodo Une los Puntos, o ULP para abreviar. En teoría necesitaba gafas, pero las que tenía no se las ponía nunca y, en consecuencia, miraba a menudo con los ojos entrecerrados. Su padre le había dicho una vez que tenía figura de ciruela apoyada en palillos, y la expresión era tan cruel y a la vez tan poética que se ajustaba a ella como un guante.

Las carreteras pasaron de ser de asfalto a ser de grava y luego de tierra. Cada pocos minutos aparecían casas destartaladas, con los jardines delanteros reconvertidos en cementerios de vehículos herrumbrosos. Era extraño aquel contraste entre belleza natural y degradación causada por el hombre, y Tracy empezó a preguntarse si estarían yendo en la dirección correcta.

Hasta que por fin apareció un letrero. RESERVA VAN LAAR, decía. Las instrucciones que habían recibido por correo indicaban que aquella era la señal que había que seguir.

—Me pregunto por qué no ponen el nombre del centro de colonias en el letrero —murmuró Donna Romano.

Quizás fuera para que no lo encontraran los perversos, pensó Tracy. Sabía que era lo que habría dicho su padre. En contra de su voluntad, ella oía a menudo su voz como si fuera una especie de presencia narrativa que recorría su vida. Nunca habían pasado tanto tiempo separados como aquel año, el primero tras el divorcio.

Lo cierto era que de pequeña había sido la sombra de su padre y lo había amado sin reservas, siguiéndolo a todas partes y acercando zanahorias con la palma de la mano al hocico aterciopelado de sus caballos favoritos. Aunque habría preferido morir que admitirlo, Tracy lo echaba muchísimo de menos y se había pasado la mayor parte del último año de instituto imaginando que en verano estaría con él.

El camino de tierra se bifurcaba. Una flecha hacia la derecha señalaba la dirección de CAMP EMERSON: AMISTADES PARA TODA LA VIDA. Después los árboles dejaban paso a un prado con una hilera de edificios rústicos de madera. Frente a ellos había un solo monitor de pie tras una mesa plegable de la que colgaba una cartulina húmeda que decía de forma poco convincente: BIENVENIDOS.

Este se acercó al Blackhawk con una carpeta y se la pasó a Donna por la ventanilla. Después les comunicó formalmente, y con diligencia de pregonero, las tres reglas de Camp Emerson, incluida la última, la más importante, una frase que seguiría resonando en su cabeza durante días, semanas. Durante el resto de su vida: «Si te pierdes, siéntate y grita».

A Tracy le costaba imaginar lo perdida que tendría que estar para que aquella opción le pareciera apropiada. Tenía la sensación de que, desde que había nacido, su voz había estado experimentando una *decrecendo* constante, hasta el punto de que a los doce años ya no la oía apenas nadie.

Muy perdida, decidió por fin. Tendría que estar perdida de forma profunda e irreversible.

—Estás en Abeto —le dijo el chico, interrumpiendo sus pensamientos. Extendió un brazo largo hacia la derecha. Donna Romano pisó el acelerador y el Blackhawk arrancó otra vez.

# El dios de los bosques

Hay quien dice que lo que les pasó  
a los Van Laar fue una tragedia.  
Hay quien dice que se lo merecían.

A primera hora de una mañana de agosto de 1975, un monitor de un campamento de verano descubre una litera vacía. Barbara Van Laar, la hija de los dueños del campamento, ha desaparecido. Pero no es la primera vez que sucede algo así en esa familia: hace quince años, el hermano de Barbara también se esfumó sin dejar rastro. ¿Cómo es posible que haya vuelto a pasar?

A partir de este inquietante comienzo, Liz Moore urde un drama lleno de matices emocionales e impulsado por un doble misterio. Persiguiendo los muchos secretos de la familia Van Laar y de la comunidad que trabaja a su sombra, las múltiples tramas dramáticas llevarán a los lectores hasta el corazón de unos personajes cuyas vidas cambiarán para siempre a raíz de este verano lleno de acontecimientos.

*El dios de los bosques* es la novela más ambiciosa y de mayor alcance de Liz Moore hasta el momento: una historia de amor, herencia, identidad y segundas oportunidades, un drama emocionantemente complejo sobre las tensiones entre una familia y una comunidad, y unos secretos que no dejarán a ninguno de ellos indemne.

AdN

3656052

